

CONVERSACION EN EL CAMPO

Media tarde. Una tarde desabrida, fría, oscura. Las nubes, bajas y densas, dejan caer una leve llovizna. Los trabajadores han recogido ya los patates y se marchan. Los tractores, repletos sus remolques de aceitunas, rugen hacia la carretera. Los olivares se han quedado solos, sumidos en el silencio y la soledad.

Un viejo olivo, nudoso y retorcido, situado al borde de una linde, sacude sus ramas húmedas.

- Estoy molido -dice al compañero próximo-; cada vez son más rudos.

- Es verdad -asiente el otro-; a mi me han vapuleado de lo lindo.

- ¡Que extraños seres! La madre Naturaleza sabrá por qué los ha creado. Yo ni los comprendo ni me explico su existencia.

- Lo que me sorprende de ellos es la movilidad que tienen; no están sujetos a la tierra y, sin embargo, van erguidos, no se caen.

- El hecho no es para admirarse; también hay otros con cuatro pies, que caminan igual, y otros que se desplazan por el aire o por el agua. Lo que sí resulta insólita es la forma de nutrirse. No absorben, como nosotros, el jugo vital con que nos regala la tierra a través de nuestras raíces. Ellos tienen que buscarlo apoderándose de nuestros frutos y de los de otros hermanos.

- ¡Pobres! Eso debe ser muy desagradable e incómodo.

- Cierto. Por ello, pienso yo, han desarrollado la capacidad de ir de un lado a otro: tienen que buscar el sustento. Un viejo olivo, muy sabio, que no hace mucho arrancaron para hacer aquel camino, me contó cosas horripilantes de esos seres verticales que se llaman hombres.

- ¿Sí?. Cuenta, cuenta.

- Decía que, gracias a esa movilidad que poseen, cometían unas raras y dañinas acciones que llaman luchas.

- ¿Y en qué consisten?

- No lo sé explicar muy bien; pero es algo así como si yo, con mi rama más fuerte, te doy golpes para romper las tuyas.

- ¿Con qué objeto harán eso?

- Pues, en muchas ocasiones, para apoderarse de los alimentos que otros han conseguido con esfuerzo; en otras, porque parecen tener ciertos deseos de dominio sobre los demás.

- ¿Y en que consiste ese dominio?

- Según contaba el viejo, en que el más fuerte, el ganador, disponía de los otros y les obligaba a hacer ó no hacer lo que él quisiera.

- ¡Increíble!

- Pero lo curioso es la forma de vida que tienen organizada. Salvo cuando salen a la búsqueda de alimento, que ellos llaman trabajo, el resto del tiempo no lo pasan absorbiendo el oxígeno del aire, el calor del sol, el agua de las nubes o de los ríos, no; se esconden en unas oquedades que construyen con piedras y diversos objetos, adosados unos a otros, o superpuestos. Huyen de la naturaleza libre.

- Bueno, pero cuando llega la primavera, para florecer y ser polinizados, sí que saldrán al exterior.

- No, que va. Ellos no dan frutos ni semillas. La reproducción la realizan de una forma extravagante que mi amigo no acertó a explicar.

- Las aves ponen unas cosas casi redonditas, de las que salen hijos.

- Pero los seres móviles verticales que se denominan hombres, no. Se juntan y se tocan y unen las aberturas que poseen para alimentarse. A la acción la laman beso.

- ¿Y eso suple a la polinización?

- ¡Que va! -dijo otro-. En una ocasión, a mis pies, protegidos por mi presencia, estuvieron dos de ellos. Hicieron todo lo que has dicho y terminaron por desprenderse de las cortezas que los cubren.

- ¿Para qué?

- Lo ignoro. Era muy tarde y apenas se veía.

- ¿No les duele quitarse la corteza?

- Tal vez. Algunos gemidos escuché. Pero la extraña corteza que poseen pueden volver a colocársela, no necesitan esperar a que les crezca otra vez.

- ¡Oh!

- De todas maneras a mi no me gustaría ser como ellos. No conocen nuestra canción de la primavera, con la que saludamos el brote emocionante de la vida, ni nuestra danza con el viento, que nos obsequia el oxígeno, ni el sabroso procedimiento de la fotosíntesis, bajo las caricias del padre Sol, ni la dulce savia que la madre Tierra nos suministra de su amoroso seno; tampoco pueden criar algo tan bello y útil como las flores, cuyas formas y colorido superan a la más fértil imaginación.

- Somos, verdaderamente, los seres privilegiados de la naturaleza. Siento pena por los hombres y su complicada vida. -afirmó el viejo olivo-. Me viene a la memoria, en este momento, algo que también me refirió el compañero aquél. Esos incomprensibles seres han perfeccionado, debido a las dificultades que implica su movilidad y desarraigo del suelo, una aptitud especial: la de inventar cosas para facilitar su actividad; pero lejos de utilizarlas en conseguir un mayor margen de tiempo para disfrutar de la vida, del atractivo entorno donde se hallan, las emplean para destruir, para hacer daño, para matarse ellos mismos.

- ¡Qué horror! -exclamó uno-. Lo que cuentas resulta una pesadilla. Olvidémosla cantando la canción de la lluvia.

Y todos, a coro, entonaron un canto, inaudible para los oídos humanos, pero que las nubes escucharon y correspondieron derramando abundante y transparentes gotas de agua sobre los verdes campos.

SONATA DEL EXTRAÑO VAGABUNDO